

¿EN QUE HEMOS CAMBIADO?

E.
MIRET
MAGDA
LENA

SE habla mucho de cambio, pero la palabra se está gastando por falta de precisión y de análisis. Cuando la pronunciamos hemos de ser más rigurosos para saber a qué nos estamos refiriendo. ¿Es a la sociedad o a las instituciones? ¿Es al pueblo o a las estructuras que ordenan nuestra vida ciudadana? ¿Es al individuo o a las masas?

Simplificando, podríamos decir que el país, la sociedad, el pueblo, ha cambiado en unas cosas muy visibles; pero en otras menos aparentes, ha cambiado poco. Y esto es grave, porque no podemos confiar que el simple cambio de personas en las alturas, o de instituciones políticas externas, vaya a traernos por arte de magia el cambio inmediato de lo que falta por variar en la entraña sociológica del país.

Aquellos obreros de alpargatas, boina y blusón, que veíamos por el celuloide de principios de este siglo, han cambiado. Hoy llevan zapatos, visten trajes y gastan coche. Y, en vez de pertenecer a los patronatos obreros de hace cincuenta años, gobernados por lujosas señoras o flamantes patronos, pretenden ser independientes y "luchar por la justicia", como les aconsejaba hace ya medio siglo el Papa Pío XI.

La buena política ya no es consagrar solemnemente España al Sagrado Corazón en el Cerro de los Angeles, para seguir los consejos de aquel vidente jesuita de hace dos siglos —el padre Hoyos—, que prometía con ello nuestra felicidad política, porque le había dicho Jesús: "Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes". La sociedad española mira ya estas costumbres como algo impropio y anacrónico, cuando todavía en tiempo de nuestra República creía media España que, rezando con los brazos en cruz ciertas oraciones, se cumplirían las promesas políticas de la madre Ráfols.

Nuestras costumbres sexuales han sufrido también un cambio exterior evidente. Las relaciones sexuales prematrimoniales suben a más del 40 por 100. El desnudo no es ya un tabú. Las playas miran por la higiene del cuerpo y no por los consejos de miopes obsesos eclesidásticos. El divorcio lo piden la mayoría de los españoles, y entre ellos más del 75 por ciento de los solteros. El matrimonio civil, hasta sedudos varones lo solicitan urgentemente.

Por lo general —salvo en el caso anacrónico de los guerrilleros de Cristo Rey—, ya no nos pegamos al discutir, y podemos mantener una buena amistad personas de distintas ideologías. El pluralismo de opiniones se admite en la vida corriente. Y la libertad religiosa no

ha producido ninguna guerra espiritual, como preconizó hace doce años el obispo de Canarias monseñor Pildain: los protestantes y los no-creyentes conviven pacíficamente con los católicos, y se aprecian mutuamente con la mayor naturalidad.

De la vida artesanal de ayer, tanto en la profesión como en la familia, hemos pasado en nuestro país a la gran industria, y en los hogares, a la lavadora automática.

Todo esto es verdad, y hay que darse cuenta de ello, sea bueno o sea malo, según el gusto más o menos retrógrado de quien lo mire. Pero no todo ha cambiado entre nosotros.

Las instituciones eclesidásticas y civiles no se han adecuado a ese cambio del país. Esto es evidente. El chirriar de los engranajes sociales se oye cada vez de forma más persistente y sonora. La inquietud y el malestar social y político crecen a ojos vistas. Algunas voces razonables de la derecha empiezan a hacer eco a los que estamos a la izquierda, y es reconocida la necesidad de este cambio institucional.

Es necesario hacer un cambio exterior profundo. Y hacerlo de prisa, aunque deba ser realizado sin improvisaciones faltas de inteligencia, que pueden cercar el futuro sin quererlo.

A mí me preocupa este cambio necesario en lo exterior de nuestra estructura, pero me preocupa también aquello en que todavía no hemos cambiado socialmente. Y me pregunto si no tendríamos que propugnar, al mismo tiempo y con el mismo interés, dos tipos de cambio: el institucional y el social. Si nuestras costumbres sociales ("carácter social" le llama Erich Fromm) han cambiado exteriormente en muchas cosas, no estoy tan seguro que, por dentro y en profundidad, hayamos cambiado tanto. Y esto es grave, porque podemos vivir el engaño de lo exterior, del cambio de lo artesano a lo automático, de la pluma a la computadora, sin que por eso el hombre sea más hombre, porque no ha sabido aprovecharse humana e inteligentemente de la transformación técnica del mundo.

Mao Tsé Tung se dio cuenta, por eso, de la necesidad de una "revolución cultural". Y Lenin de lo necesario, que era el desarrollo de la "conciencia social" en el pueblo. Precisamos con urgencia hombres y mujeres más conscientes, más cultivados, más serios en ideas cuya riqueza cultural les permita elegir más inteligentemente entre diversas opciones, y plantear nuevos rumbos para la sociedad. En una palabra, necesitamos un nuevo "gorro de pensar", un nuevo desarrollo

cultural que nos abra el porvenir. Pero yo me pregunto con inquietud si esto lo tenemos, y si nos hemos preocupado suficientemente de tenerlo. O si más bien se hace todo lo contrario en los grandes medios de comunicación social, y en la educación toda del país.

Porque los adultos están abrumados con el peso de sus actividades económicas materiales, y a los jóvenes no les hemos acostumbrado a percatarse del futuro que les espera, sino que por reacción viven al día. Este es el panorama que nuestros años de inmovilismo ha creado.

Hay que recuperar, para salir de eso, el afán de liberación por la cultura. Y valorar el interés por las cosas naturales, que están muchas veces al alcance de la mano y no las vemos; además del anhelo por las ideas y el saber, como camino de liberación personal y social, porque empezamos a darnos cuenta de que las ideas concretas —conscientes o inconscientes— gobiernan el mundo, ya que ellas son las que fomentan la pasión, los deseos y las tendencias, o las frenan.

Pero, no nos engañemos, muchos y muchas prefieren el escape hacia el chiste grueso y sin consecuencias, hacia la carcajada o la sonrisa irónica que cree saberlo todo sin esfuerzo; o hacia el sexo-objeto, sin sentido humano; o hacia la porno-política, sin responsabilidad humana; o hacia el ligue circunstancial. Todo ello hemos de saber que supone sólo un cambio superficial, sin peso ni peso; no el cambio que necesitamos.

Lo que hace falta es adquirir una conciencia social de nuestra realidad, de esa pobre realidad social que deseamos superar, y que hasta ahora no se nos ha dejado conocer, o que nos hemos preocupado de estudiar, o que sólo hemos podido vivir entreteniéndonos con la acción anecdótica. Y a partir de este conocimiento es preciso hacer el cambio de verdad, el de las instituciones y el de la sociedad, el estructural y el sociológico; pero hacerlo en profundidad y no sólo en superficie, para llegar a ser una sociedad más humana, más cooperadora, más socialista en una palabra, que es nuestro único camino de futuro, si no queremos vegetar mañana entre la opresión y la engañosa satisfacción egoísta que a algunos proporciona el mundo de los conservadores. ■